

A veces el silencio es el precio de la integración: callamos lo que no nos favorece, lo que podría excluirnos del grupo al que pertenecemos. Pero nadie puede robar nuestros recuerdos. Y con el paso del tiempo las vivencias silenciadas suelen rebelarse, exigen ser contadas. Es el caso de esta historia que ocupa tan solo una pequeña parte de mi vida, pero que ha condicionado el resto de mi ya larga existencia.

Serena Rivera, 1 de mayo de 2013

1

—¡Serena, Serenita, Serena, despierta!

Paula tenía la fea costumbre de despertarme siempre que le venía en gana, pero aquella mañana no estaba dispuesta a consentírselo. ¿Es que no iba a escarmentar nunca? La última vez que lo había hecho, a voces y sin más motivo que considerar que no eran horas de seguir en la cama, me enfadé tanto que bajé a la cocina, cogí la jarra más grande que encontré, la llené de agua, subí corriendo y desde lo más alto de la escalera la llamé igual que ella solía hacer conmigo:

—¡Paula, Paulita, Paula!

Cuando por fin vi aparecer su enorme corpachón a través del hueco de la escalera bajé, tan despacio como pude, derramando el agua de la jarra en cada uno de los peldaños de las dos plantas que nos separaban. Al llegar a la baja, fui hacia la cocina sin dejar de volcar el agua hasta esparcir las últimas gotas sobre sus pies.

—Esto es para que vuelvas a despertarme cuando te dé la gana —le dije.

Paula miró el rastro de agua y lo siguió, primero con la vista, luego con los pies. A continuación empezó a chillar:

—¡Señora, señora, mire lo que acaba de hacer la señorita Serena!

Al oírla salí disparada y la alcancé en el rellano de la primera planta, justo cuando estaba a punto de entrar en la habitación de mis padres. Conseguí detenerla, pero al ver cómo saltaban las chispas en sus ojos, pensé que se lo diría en cuanto tuviera oportunidad y que yo no saldría bien parada. Sin embargo, el esperado castigo no llegó y di por hecho que Paula, en lugar de acusarme, había aprendido la lección. Por eso aquel 1 de mayo de 1936 me sorprendió que volviera a hacerlo. Pero no, esta vez no me iba a dar por enterada, no quería espabalarme aún, tenía mucho sueño, quería dormir más.

Paula entró a trabajar en mi casa en septiembre de 1920, cuando mi padre fue nombrado médico titular de Hortaleza, por entonces un pequeño pueblo a tan solo siete kilómetros del centro de Madrid. A mi madre, acostumbrada a vivir en la céntrica Plaza Mayor, le costó mucho adaptarse a lo que ella con frecuencia llamaba el destierro. A veces acusaba a mi padre de tener poca ambición y de haberla confinado a vivir en un pueblucho. Sin embargo papá, que había crecido en Quintanar, en una finca en medio del campo, eligió Hortaleza aun cuando ser el número uno de su promoción le hubiera permitido optar a cualquier otro puesto.

En lo que sí estuvieron de acuerdo desde el principio fue en la inmejorable situación del destartalado caserón que serviría tanto de vivienda como de consulta, aunque por motivos bien distintos. A papá le gustaba vivir en el centro del pueblo porque facilitaba tanto el acceso de los pacientes a la consulta, como sus propias visitas a domicilio. A mamá porque desde el balcón del salón, que daba a la pequeña explanada de tierra que era la Plaza de la Iglesia, se divisaba toda la religiosidad del pueblo, allí congregada: a mano izquierda la iglesia de estilo neomudéjar, a la derecha la casa rectoral, y al frente el convento de los Padres Paules. Eso era todo. Pero como no hacía ni un año que mis padres habían estado en Roma de viaje de novios y mamá había vuelto fascinada por El Vaticano, papá le tomaba el pelo diciéndole que ahora podía disfrutar de su particular plaza de San Pedro. Aunque en el centro no se erigiese un inmenso obelisco, sino una pequeña fuente de piedra que servía tanto de punto de encuentro de los habitantes del pueblo como de abrevadero para el ganado.

Diferencias y bromas aparte, cuando mis padres llegaron a Hortaleza tenían un objetivo común: hacer habitable la casa antes de que yo naciera. Lo primero fue elegir a las personas adecuadas para ello. Y como mi madre no se conformaba con referencias o recomendaciones, puso ella misma un anuncio en la puerta de la iglesia. Por entonces

muy pocos vecinos del pueblo sabían leer, pero se corrió la voz y entre que el paro era muy elevado y que la mayoría de las mujeres del pueblo trabajaban como criadas o asistentes de casas particulares y los hombres como albañiles, desde primera hora de la mañana se formaba una cola de personas que empezaba en el jardín de casa y atravesaba la plaza entera. Mamá, sola o con la ayuda del párroco, don Francisco de la Vega, cuando otros menesteres no le retenían en la iglesia, entrevistó uno por uno a todos los candidatos.

Paula, que sorprendió a mi madre de inmediato por su gran inteligencia natural, superó la entrevista a la primera, pero aún tuvo que salvar la prueba de embutirse en unos uniformes demasiado formales y envarados que mi madre había traído de Madrid. La propia Paula me contó muchas veces el revuelo que se organizó en el pueblo cuando mamá hizo sacar al jardín, por entonces un erial, una mesa tras la que se sentó —con guantes, sombrero y sombrilla— para interrogar a la multitud de hombres y mujeres que esperaban la oportunidad de trabajar en casa del médico.

La plaza solía estar animada no solo por ser paso obligado para ir a la iglesia y al cementerio, sino también a los dos pueblos más cercanos, Barajas y Canillas. Esto hizo que entre los candidatos, las personas que se acercaban a dar la bienvenida a los recién llegados o simplemente quienes pasaban por allí, casi todo el pueblo fuera testigo directo del espectáculo. Hasta el punto de que incluso mi padre, que llevaba varios días recorriendo a caballo los alrededores para conocer a sus futuros pacientes, supo lo que ocurría en el jardín de su casa por boca de varios vecinos mientras compartía con ellos unos chatos de garnacho. No tardó en desaprobar la conducta de mamá. Pero ella pasó por alto cualquier reproche. Habían sido unos días de trabajo intenso en los que apenas hizo pausas para alimentarse o descansar y que a pesar del sombrero y la sombrilla, le dejaron como recuerdo unas cuantas pecas en su piel, hasta entonces impoluta.

Aún así, estaba satisfecha porque en muy poco tiempo había conseguido apalabrar dos criadas, un jardinero y una niñera para mí. El marido de Paula, Jacinto, que era albañil, se encargó de contratar una cuadrilla de peones para arreglar el tejado, la buhardilla, las humedades del sótano y para acondicionar las numerosas habitaciones de la casa. Los siguientes siete meses, hasta que yo nací, fueron tan frenéticos que solo gracias a que la iglesia estaba en la misma plaza, mi madre no faltó nunca a su misa diaria, a la que acudía en cuanto repicaban las primeras campanadas.

Parece que mi llegada a este mundo fue un buen catalizador para evitar las rencillas que se venían sucediendo hasta entonces entre las familias de mi padre y mi madre. La de mi padre reivindicó como propios mi pelo oscuro, abundante y rizado y unos labios carnosos bien dibujados. La de mi madre, la sonrisa y unos ojos grandes y almendrados del mismo color canela que la piel. De lo que ni una ni otra quisieron hacerse cargo nunca fue del individualismo y la testarudez que, según ellos, me caracterizaban ya desde la cuna. En cualquier caso, ambas mostraron su satisfacción sin ambages y dejaron de lado las rivalidades y los conflictos. Y así, rodeada de cuidados y atenciones, tomé posesión de mi cetro y mi corona de hija, nieta y sobrina única. Aunque pronto, según fueron llegando mis hermanos —Rita, Álvaro, Paco y Catalina— y también numerosos primos, me vi obligada a compartir mis privilegios. Todos menos uno, la atención de Paula. La quería tanto que hasta mi madre tuvo que aceptar que jamás cambiaría la compañía de Paula por la de la niñera que ella había buscado para mí. Y cuando cumplí once años y fui al internado con mi hermana Rita, Paula se llevó tal disgusto que apenas habló durante varios días, solo lo imprescindible para contestar, a ser posible con monosílabos, cuando no podía eludir una respuesta. Y no recuperó su verborrea habitual hasta que consiguió que mis padres la llevaran a verme al colegio. A partir de ese día les acompañó en todas sus visitas y nunca dejó de traerme las golosinas

y los bizcochos que más me gustaban. También en vacaciones era ella la que venía conmigo a Madrid para que me cortaran el pelo. En el autobús Paula se pegaba a mí cuanto podía. Y ponía la misma cara de perro sabueso a los obreros de Hortaleza y sus alrededores que a los chicos mejor vestidos que subían a medida que nos acercábamos al centro.

Después del brusco despertar de aquella mañana, aunque me había propuesto seguir durmiendo, abrí los ojos para tratar de averiguar la hora que era por el resplandor que llegaba tamizado a través de las diminutas rendijas de la persiana y ya fui incapaz de volver a dormir. Me quedé absorta en la contemplación de las centellas luminosas que cruzaban el techo. Cuando la luz ganó terreno hasta envolver la habitación por completo, terminé de espabilarme y tomé conciencia de cuanto había vivido la tarde anterior. ¡Qué alegría cuando me dijo la monja que mis padres habían venido a buscarme antes de tiempo! ¡Qué suerte poder saltarme la clase de piano! Bajé las escaleras de cuatro en cuatro y salí del colegio como un vendaval. Y lo primero que hice al llegar a casa fue arrancarme el uniforme para probarme el vestido de color guinda que me había hecho la modista para mi fiesta de cumpleaños. En realidad, más que una fiesta fue una reunión familiar porque yo apenas tenía amigas. De pequeña casi no me relacionaba con los otros niños del pueblo, a mamá no le gustaba que jugara en la calle. Y tampoco tenía compañeras de clase antes de ir al internado porque mi hermana Rita y yo estudiábamos en casa con don Joaquín, un tutor particular. Pero las cosas habían cambiado y ya hacía casi cuatro años que Leticia era mi mejor amiga. Además de compartir dormitorio en el colegio, nos veíamos los veranos porque su familia tenía la mejor quinta de recreo de las afueras de Hortaleza. También nuestras madres habían sido compañeras de estudios y amigas desde niñas, y cuando la suya estaba ya muy enferma, mamá le prometió que cuidaría de su marido y de sus dos hijos. ¡Y vaya si lo

hizo! Desde que murió, a pesar de la diferencia de caracteres entre el padre de Leticia y el mío, no había acontecimiento en casa al que Jesús Guzmán Villarreal y sus hijos no estuvieran invitados.

A mí él me daba miedo, era un hombre con un carácter muy fuerte y nunca se sabía cuándo comenzaría a vociferar. Papá le disculpaba, decía que bastante tenía con criar a dos hijos solo, pero yo siempre tuve la impresión de que más que sus hijos lo que le interesaba de verdad era su dinero y su posición. Es cierto que adoraba a Leticia y satisfacía todos sus caprichos, pero al pobre Chus lo trataba como si fuera tonto. Claro que mi amiga era la persona más apasionada y divertida que he conocido en mi vida, mientras que su hermano me parecía cursi, presuntuoso y tan aburrido como su anodino aspecto. Y eso que a veces hasta yo le compadecía, sobre todo cuando su padre se burlaba de él en público. Mamá decía que era un chico muy sensible y siempre se ponía de su parte.

Además de los Guzmán al completo y de mis tíos y primos, vinieron dos amigos de mi tío Pablo, el hermano pequeño de papá, que me regalaron el mejor momento de la tarde al decirme, nada más soplar las velas de la tarta, que ni por asomo parecía que acabara de cumplir tan solo quince años.

Aún me estaba viendo con el vestido y los zapatos nuevos, rodeada por Pablo y sus amigos, cuando escuché la pesada respiración de Paula y comprendí que no había salido de la habitación en ningún momento. Abrí los ojos y la vi frente al balcón.

—¿Se puede saber qué haces en mi habitación tan temprano?— le pregunté.

Por toda respuesta, Paula se puso el dedo índice de la mano derecha sobre los labios para indicarme silencio, mientras un creciente zumbido, como una marea humana, era cada vez más audible. Salí de la cama y me coloqué de un salto al lado de Paula. Cuando intenté subir la persiana trató de impedírmelo:

—Serena, por favor, por favor, no lo hagas. Así se ve todo muy bien —dijo mientras permanecía en una postura que contradecía sus palabras.

Tenía la cabeza casi incrustada en la persiana y los ojos tan guiñados a la altura de una fila de rendijas que no pude contener la risa. Pero tanto me sorprendió la agitación que vi en su rostro, que terminé por imitar su postura para saber qué era lo que llamaba su atención de aquella manera. Al principio solo vi bultos y sombras, pero poco a poco pude observar cómo numerosos grupos de personas invadían la plaza. En el centro, alrededor de la fuente, había una caravana de desvencijados camiones descubiertos abarrotados de hombres y mujeres jóvenes que, puestos en pie, enarbolaban grandes banderas rojas que hacían ondear sobre sus cabezas. Pronto algunas personas comenzaron a corear canciones y consignas a viva voz, mientras otras permanecían impasibles y silenciosas, como asustadas. Y también había quienes apretaban el paso para abrirse camino entre el gentío y se perdían por alguna de las esquinas de la plaza, alejándose así de esa muchedumbre desbordante. Algunas caras me resultaron familiares, la mayoría desconocidas. Entre todas, la que más llamó mi atención fue la de Primitivo Expósito, el criado retrasado de mi amiga Leticia. Guiñando los ojos al sol con los dos puños en alto y la mueca característica de su risa alborotada, parecía estar pasándose en grande. Paula, entusiasmada, se acercó aún más a mí y me enlazó por el codo. Sus ojos tenían una mirada luminosa y su voz y su risa sonaban alborozadas.

—Serenita, ¡mira cuánta gente!, seguro que van a la manifestación del Primero de mayo. He oído decir que hablará La Pasionaria.

Al pronunciar el apodo de la líder comunista, enderezó tanto la curvatura de su espalda, que por primera vez me di cuenta de que era una mujer muy alta.

—¡Qué aburrida eres!, siempre con ese afán revolucionario.

Me solté de su brazo y me alejé de la ventana en dirección a la puerta. Paula vino hasta mí, me cogió de las manos y mientras me miraba con unos ojos otra vez viejos, dijo:

—Serena, Serenita, gracias por dejarme mirar desde tu ventana. No quiero importunar a tus padres, ya sabes que no les gustan estas cosas, y tampoco me ha parecido bien despertar a tus hermanos, aún son muy pequeños. Por favor, no le digas a nadie que hemos visto la salida de los camiones hacia la manifestación.

Yo quería mucho a Paula, pero cuando se ponía así la compadecía por cobarde y por humilde.

—¿Qué temes? ¿De quién tienes miedo?

Ante mis preguntas, se encogió como un ratón en una trampa, y solo después de mirar temerosa a un lado y a otro, me contestó en un tono de voz apenas audible:

—Tu mamá es muy de derechas y se enfadaría si supiera que hemos visto la marcha de las milicias socialistas —dijo con la mirada fija en las puntas de sus zapatillas negras de fieltro.

Sonreí ante su ingenuo temor y prometí guardarle el secreto. Solo entonces me miró agradecida y confiada. Y en prueba de ello, subió la persiana hasta arriba y abrió el balcón de par en par. Contagiada de su alegría y del bullicioso entusiasmo que se vivía en la plaza, me dirigí al cuarto de baño al ritmo de *La Internacional*, cuyos compases redoblaban con fuerza en la calle.

